

*Capítulo: "El mapa de un crimen"*

*Autor: Paco López Mengual*

*Lectora: Sonia García Gisbert*

Sospecho que debí ser un niño con poco apetito. Solo explica que mi madre se viera obligada a recurrir a las más retorcidas argudizas para alimentarme. Recuerdo se sentaba frente a mí, con el plato en la mano, y preguntaba, por ejemplo, ¿te he contado como degollaron a Maqueda? Mama era a si de sutil y no le importaba narrar un episodio atroz a un niño de cinco años con tal de que merendase.

Había escuchado la sanguinaria historia del crimen del boticario decenas de veces, pero la propuesta de oírla de nuevo, me hacia, una tarde mas, abrir la boca y aceptar los pellizcos de pan con tortilla francesa que, revueltos con la descripción del asesinato, me iba ofreciendo.

Joaquín Maqueda era forastero; un hombre cojo y rico, que vivía sin familia en la rebotica de su farmacia; un elegante señor que siempre salía a la calle luciendo un singular sombrero Panamá. Estaba prometido con Isabel Coy, una tractiva mujer mucho mas joven (y pobre) que él. Pero un mozo de barberías llamado Matías Cervantes, al que todos conocían por el Garra, la amaba en secreto, sin haber revelado nunca a nadie su oculta pasión. Una

tarde de domingo, decidió a no dejarse robar a Isabel, el Garra metió la navaja de afeitar en el bolsillo y salió a la calle. Estuvo deambulando por el carril hasta que vio a Maqueda comprando cigarrillos en el quiosco de la plaza de la Fuente: entonces, el muchacho lo abordó, por detrás, sin mediar palabra, le seccionó la garganta. Al boticario ni siquiera le dio tiempo a ver la cara de su asesino ni a entender el motivo de su muerte. Sin duda, estas dos circunstancias del homicidio fueron las que, tiempo después, llegaron a turbarme, estimulando mi curiosidad por entenderlas.

A la misma hora del crimen, mi madre pasaba cerca, cogida del brazo de una amiga y llegó a ver con sus propios ojos el cadáver de Joaquín Masqueda tendido sobre el mostrador de la paquetería de Nemesio, donde lo habían tumbado a la espera de que llegara la guardia civil. Contaba que unos momentos antes del homicidio se había topado con el Garra por la calle y que aun antes de este encuentro, durante su habitual recorrido por el carril, se había percatado de su elegante traje de verano que estrenaba Masqueda ese día. Ningún indicio hacía sospechar el brutal desenlace.

Después a mamá le venía a la memoria -y así me lo dejaba caer- la imagen del muerto ataviado de crudo y veteado de pinceladas de sangre y el aspecto de las perneras de su pantalón: empapadas de un rojo reciente desde las rodillas hasta los bajos, como si allí se le hubiese acumulado la muerte. Y la presencia del puñado de moscas revoloteando confusas sobre la escena.

-Cuando vi. al muerto encima del tablón, ya no llevaba puesto el sombrero - con este pormenor concluía el relato, a la vez que me endosaba el ultimo bocado de tortilla. Luego se ponía de pie y se marchaba a la cocina canturreando una copla de esas que recrean alguna desgracia; y que me dejaba solo, masticando en silencio la bestial declaración de amor de Matías el Garra a Isabel Coy.

Así de simple me contaba, cada tarde, la historia de la muerte de Maqueda. Pero yo, son los años, me preocupe por saber mas y fui esclareciendo nuevos detalles de crimen.